



## Actualidad del pensamiento de Hans Urs von Balthasar

The Contemporary Relevance of Hans Urs von Balthasar's Thought

**Prof. Dr. Rodrigo Polanco**

Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Teología

E-mail: [rodrigopolanco.2024@yahoo.com](mailto:rodrigopolanco.2024@yahoo.com)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3549-8040>

### Resumen

Hans Urs von Balthasar, teólogo suizo nacido en 1905 y fallecido en 1988, es una figura de gran renombre, aunque poco comprendida, especialmente en Latinoamérica. A pesar de que su nombre es conocido y ciertas frases suyas, como “teología de rodillas” o “estética teológica”, han alcanzado cierta popularidad, su obra completa no ha recibido la atención que merece. Entre las razones de este desconocimiento destacan su origen en la cultura alemana, la erudición de sus escritos, y la mayor fama de otros teólogos en la región. Sin embargo, la verdadera dificultad de su teología radica en la necesidad de comprender su pensamiento en su totalidad para captar sus aportes más profundos. A lo largo de su vida, Balthasar escribió más de 100 libros y 600 artículos científicos, lo que añade a la complejidad de su obra. A pesar de ello, su teología es profundamente inspiradora y sigue siendo relevante, lo que justifica el esfuerzo de profundizar en ella. Este artículo presenta algunos de los elementos más novedosos de su teología que pueden enriquecer la vida, la fe y la teología en Latinoamérica.

**Palabras clave:** Balthasar, teología, belleza, Iglesia, trinidad, integración

### Abstract

Hans Urs von Balthasar, a Swiss theologian born in 1905 and passed away in 1988, is a highly renowned yet often misunderstood figure, particularly in Latin America. While his name is recognized and certain phrases of his, such as “theology on one’s knees” and “theological aesthetics,” have gained some popularity, his complete body of work has not received the attention it deserves. Among the reasons for this lack of recognition are his German cultural origins, the scholarly nature of his writings, and the greater fame of other theologians in the region. However, the true challenge of his theology lies in the necessity of understanding his thought in its entirety in order to grasp its deeper contributions. Over the course of his life, Balthasar authored more than 100 books and 600 scholarly articles, further adding to the complexity of his work. Despite this, his theology remains profoundly inspiring and continues to be relevant, justifying the effort to delve into it. This article presents some of the most innovative aspects of his theology that can enrich life, faith, and theology in Latin America.

**Keywords:** Balthasar, theology, beauty, Church, Trinity, integration

### 1. La integración como criterio metodológico

El pensamiento de Hans Urs von Balthasar se distingue por su marcado compromiso con la integración, un criterio metodológico que atraviesa toda su obra. Para comprender la profundidad de su teología, es fundamental considerar su biografía y formación intelectual, ya que estas dimensiones personales y académicas influyeron decisivamente en su pensamiento.

Aunque técnicamente Balthasar no fue un teólogo de formación, sino un germanista, sus estudios en literatura, historia y filosofía alemanas, desde sus raíces en la Grecia clásica hasta el romanticismo, le proporcionaron una vasta erudición. Esta formación no solo cultivó en él una sensibilidad especial hacia la belleza, sino que le inculcó un enfoque para interpretar la realidad, siempre buscando integrar en cada fragmento la totalidad. Este principio es evidente en su conocida obra *El todo en el fragmento*, que sintetiza esta visión unitaria.

Durante sus años de formación como jesuita, dos figuras clave influyeron profundamente en su desarrollo intelectual: Henri de Lubac y Erich Przywara. Con referencia a Lubac, lo orientó hacia un estudio profundo de los Padres de la Iglesia, mientras que, Przywara lo animó a dialogar con la teología de Santo Tomás de Aquino desde una perspectiva de la filosofía moderna y contemporánea. Esta influencia consolidó en Balthasar la convicción de que filosofía y teología, aunque disciplinas distintas, están intrínsecamente relacionadas al abordar la misma pregunta fundamental sobre el origen y el fundamento último de la realidad. Para Balthasar, el punto donde el ser humano se pregunta filosóficamente por su relación con la totalidad de la existencia es el mismo desde el cual hace la opción de fe en el Dios revelado. Este enfoque integrador le permitió vincular las verdades parciales de la filosofía a lo largo de la historia con el cristianismo, un proyecto que él mismo describió como “tomar lo mejor del pensamiento humano y ponerlo en diálogo con el cristianismo”.

La metodología integradora de Balthasar se fortaleció aún más mediante su reflexión sobre el idealismo, que él entendió como un desarrollo, a través de los Padres de la Iglesia, del neoplatonismo de Plotino. Este enfoque le permitió concebir la realidad creada como una estructura ontológicamente dual, donde los polos opuestos —ser y ente, individuo y comunidad, varón y mujer, teoría y praxis— se encuentran en constante tensión y enriquecimiento mutuo. Según Balthasar, esta polaridad no implica conflicto, sino que constituye una riqueza que permite comprender la realidad desde una síntesis superadora. Así, no solo integró las verdades filosóficas con la teología, sino que también vinculó ámbitos aparentemente dispares, como la espiritualidad y la mística, la literatura y el teatro, convirtiéndolos en auténticos lugares teológicos.

Esta perspectiva dio a su teología de una complejidad única, pero también la hizo vulnerable a interpretaciones reductivas. Sacar elementos de su pensamiento fuera de contexto puede desvirtuar su mensaje y traicionar su intención integradora. Este fenómeno se observa en algunos seguidores contemporáneos que, al centrarse en aspectos aislados de su obra, pierden de vista la totalidad que le da sentido riguroso.

En un mundo fragmentado y en una Iglesia que enfrenta dificultades para aceptar y articular la diversidad, la actualidad del pensamiento de Balthasar radica en su capacidad de ofrecer una perspectiva unitaria que respeta las tensiones y polaridades inherentes a la realidad. Su metodología integradora no solo ilumina los desafíos del presente, sino que también señala un camino de futuro para la teología y el pensamiento cristiano, haciendo de la integración un criterio metodológico esencial para enfrentar los dilemas contemporáneos con una mirada profunda, inclusiva y esperanzadora.

## **2. El lugar de la belleza en la teología**

Hans Urs von Balthasar transformó profundamente la teología al ubicar la belleza en su núcleo esencial, afirmando que “solo una teología bella puede ser verdadera”. Este planteamiento no se limita a cómo se expresa la teología, cómo se celebra la fe o cómo se vive en comunidad, aunque estas dimensiones son fundamentales. Para Balthasar, la belleza tiene un papel estructural en la teología misma, como desarrolló en su obra *Gloria*. Una estética teológica, la primera parte de

su gran Trilogía, donde subraya que la estética no es un adjetivo de la teología, sino su fundamento más profundo.

Así, el punto de partida de su reflexión se encuentra en los trascendentales del ser: bondad, verdad y belleza, propiedades esenciales de toda la creación como reflejo de su Creador. Dios, como origen y plenitud de todo lo existente, es infinitamente bueno, verdadero y bello, y estas características se encuentran de manera parcial y frágil en toda criatura. Balthasar sostiene que esta estructura ontológica del ser se encuentra también en la revelación divina, ya que si Dios desea manifestarse al ser humano y permitir que este lo escuche y responda desde lo más profundo de su ser, esa revelación debe estar estructurada desde los mismos trascendentales. En consecuencia, la teología que busca comprender la revelación también debe partir de la bondad, la verdad y la belleza.

Es importante mencionar que, un aspecto clave en el pensamiento de Balthasar es el orden fenomenológico de los trascendentales. Si bien la bondad, la verdad y la belleza son inseparables y poseen una mutua interioridad, Balthasar insiste en que hay un orden en su manifestación. La belleza se presenta primero, como un impacto inicial que arrebatara al contemplador con su esplendor. Luego, esta belleza se revela como buena, como algo que beneficia y transforma. Finalmente, la belleza-bondad se muestra como verdadera, comunicando algo esencial sobre sí misma y sobre la realidad. En este sentido, la experiencia estética es la puerta de entrada a la fe y al conocimiento de Dios, porque es a través de la belleza que el ser humano se siente llamado y arrebatado hacia la revelación.

En su reflexión, Balthasar introduce el concepto de la "forma" o "figura" de la revelación. Esta figura es Cristo, quien encarna de manera perfecta la belleza divina. Para Balthasar, la belleza de esta figura no es un atributo externo, sino el resultado de la armonía y el esplendor que traslucen su totalidad. En Cristo se manifiesta la gloria de Dios, que alcanza su mayor expresión en la cruz. Paradójicamente, en el momento de mayor desfiguración de Cristo, se hace más evidente la gloria divina como expresión máxima de su amor, entendido como total donación de sí mismo. Así, la cruz se convierte en el lugar donde la belleza y la gloria de Dios se revelan de manera suprema.

La actualidad del pensamiento de Balthasar sobre la belleza se hace evidente al considerar que el cristianismo, en su núcleo, no se reduce a un sistema ético o a un conjunto de verdades abstractas. Dios no se revela simplemente para enseñar algo bueno o pedir una conducta ética; más bien, se presenta como una realidad que impacta y transformadora. Balthasar enfatiza que el cristianismo es, ante todo, un encuentro personal y amoroso. Este enfoque contrasta con el moralismo y el dogmatismo que han oscurecido el mensaje cristiano en diversos momentos de la historia. Esta perspectiva se ve reflejada en la afirmación de Benedicto XVI en *Deus caritas est*, cuando sostiene que "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona". Esta idea, claramente influenciada por Balthasar, subraya que el inicio de la fe cristiana ocurre a través de la experiencia de la belleza, que arrebatara y llama al ser humano hacia un encuentro transformador con Cristo. En este sentido, la Iglesia está llamada a reflejar la belleza divina, no solo en sus palabras, sino también en su propia figura y acción en el

mundo. Su esplendor debe ser su amor, y su misión, mostrar la gloria de Dios en todo lo que hace.

Es así, como el pensamiento de Balthasar sobre la belleza no solo ilumina el contenido de la teología, sino que también responde a las necesidades de un mundo contemporáneo fragmentado y en búsqueda de sentido. En una época en la que la armonía y el esplendor parecen ausentes en muchas esferas de la vida, el llamado a una teología que integre la belleza como eje central es más relevante que nunca. Balthasar nos invita a redescubrir la belleza de Dios, a través de Cristo, como el fundamento de una fe que arrebatara, transforma y nos lleva a vivir en comunión con la gloria divina.

### **3. Un pensamiento estructuralmente trinitario**

Hans Urs von Balthasar desarrolló un pensamiento teológico profundamente marcado por el misterio de la Trinidad, situando este misterio como el fundamento de toda su reflexión. Su doctrina trinitaria, aunque anclada en la tradición, introduce matices innovadores que enriquecen la comprensión clásica. Uno de sus principios metodológicos clave es la afirmación del axioma de Karl Rahner sobre la identidad entre la Trinidad económica y la Trinidad inmanente. Sin embargo, Balthasar lo amplía señalando que, si la Trinidad económica refleja la inmanente, entonces el lugar donde la economía divina alcanza su expresión máxima —el misterio pascual— es también donde el misterio trinitario se revela con mayor transparencia. En palabras de Balthasar: “La cruz de Cristo es el lugar en el que se desvela, en toda su profundidad, el misterio trinitario de Dios. Es aquí donde el amor divino alcanza su expresión más radical” (Gloria. Una estética teológica).

Además, la cruz, como momento culminante de la vida de Jesús, no solo revela el amor de Dios por la humanidad, sino que también manifiesta la dinámica interna de las personas divinas. Según Filipenses 2,6, el Hijo se vació a sí mismo, despojándose de su condición divina. Este acto de kénosis, la máxima expresión de amor del Hijo, refleja la kénosis eterna del Padre. Como señala Balthasar: “El Padre no retiene nada para sí mismo, sino que entrega toda su divinidad al Hijo, quien, a su vez, la recibe y devuelve en un acto de amor eterno”. Esta dinámica de autodonación recíproca entre el Padre y el Hijo encuentra su culminación en el Espíritu Santo, quien es el fruto de ese amor mutuo, la expresión de un diálogo eterno en el que cada persona divina vive para la otra.

Para Balthasar, esta comprensión de la Trinidad tiene una implicación clave: “La esencia de Dios no es una cosa, sino un acto, un movimiento perpetuo de amor, en el que cada persona divina se despoja de sí misma para que el otro exista”. Este amor trinitario redefine el concepto mismo de amor, no como una posesión, sino como una entrega radical por el bien del otro. En este sentido, la relación con el otro no es secundaria o accidental, sino constitutiva de la esencia divina. Esta concepción trinitaria también ilumina la relación entre Dios y la creación. Si toda la creación lleva las huellas de su Creador, y Dios es esencialmente trinitario, entonces la estructura trinitaria está inscrita en el orden creado. Esto tiene implicaciones para comprender nuestra existencia como imágenes de Dios. Balthasar sostiene que “el ser humano no es simplemente imagen de un Dios uno y todopoderoso, sino de un Dios que es Trinidad, un Dios que es amor”. Por tanto, la estructura fundamental de la realidad creada es el amor óntico, es decir, la donación al otro.

Este enfoque trinitario tiene una relevancia particular en el contexto contemporáneo. En un mundo donde el "otro" es frecuentemente percibido como una amenaza —ya sea el migrante, el diferente o el enemigo—, el pensamiento de Balthasar ofrece una alternativa radical. "Olvidar al otro es olvidar a Dios", advierte Balthasar, subrayando que toda exclusión del otro es, en última instancia, una negación de la Trinidad misma. Este llamado a una ética de la relación y la inclusión resuena con fuerza en un tiempo marcado por la fragmentación y la polarización. La comprensión trinitaria de Balthasar no solo redefine la teología, sino también nuestra manera de entender la Iglesia y la sociedad. Si la Iglesia está llamada a ser imagen de la Trinidad, entonces debe reflejar en su estructura y misión esa dinámica de auto-donación y amor recíproco. Como dice Balthasar: "La Iglesia no puede ser simplemente una institución; debe ser la figura visible del amor trinitario, un espacio donde cada miembro existe para el otro". Esta perspectiva no solo desafía las estructuras eclesiales, sino también nuestras concepciones sociales, ofreciendo una visión profundamente cristiana basada en la relación con el otro como centro de la realidad.

En última instancia, Balthasar nos invita a redescubrir que nuestra identidad como cristianos no está fundada en el poder o la autosuficiencia, sino en el amor trinitario. Su pensamiento, marcado por la belleza de la relación divina, nos llama a reflejar ese amor en nuestras vidas y comunidades, recordándonos que, como imágenes de la Trinidad, estamos estructurados para vivir en donación al otro. Este es el desafío y la esperanza que ofrece su teología para un mundo que lucha por reconciliarse con el "otro".

#### **4. El drama de la existencia humana**

Un aspecto distintivo del pensamiento de Hans Urs von Balthasar es su concepción del cristianismo como una Teo-dramática, donde se utiliza el instrumental del teatro para interpretar la acción de Dios con el ser humano en el mundo. Desde su perspectiva, la teología, que explica la acción de Dios en el mundo —acción que en griego se denomina drama—, puede ser legítimamente descrita como una dramática o Teo-dramática. Dedicamos numerosas páginas a mostrar cómo el teatro puede ilustrar la dinámica de la revelación y la salvación. Por ejemplo, en toda obra teatral hay un autor, que escribe el argumento; actores, que representan la obra; y un director, que coordina a los actores para garantizar una representación adecuada. Según Balthasar, esta estructura teatral refleja la acción trinitaria en el mundo: el Padre es el autor del drama divino, Cristo el gran actor que encarna la obra junto con la humanidad, y el Espíritu Santo el director que guía a los actores, asegurando que cada uno desempeñe su papel cristológico.

Más allá de su originalidad —poco frecuente en la teología—, esta reflexión explora la misteriosa relación entre el plan de Dios y la libertad humana. Este tema ha sido intensamente debatido, particularmente en Occidente, donde las controversias sobre la relación entre gracia y libertad, o entre el plan divino y la respuesta humana, han sido recurrentes. Para Balthasar, la similitud entre el rol asignado a un actor y la misión otorgada a un cristiano justifica el uso del teatro como recurso explicativo de la revelación.

La clave de esta analogía radica en la estructura dual del ser humano, quien solo puede realizarse plenamente a través de algo distinto de sí mismo, ya sea mediante su carácter, sus relaciones con otros o sus acciones en el mundo. Existe una distancia entre el "yo" consciente y el "yo" que uno aspira a ser, un abismo que solo puede superarse mediante la acción. Cada persona, en su soledad frente a su destino, debe responder una pregunta que solo puede resolver por sí misma: ¿quién soy yo y cuál es mi misión?

El teatro proporciona un marco adecuado para abordar esta cuestión, ya que la respuesta última se encuentra en Dios, quien dice a cada persona: "Has sido creada para esta misión". En esta línea, la persona no solo tiene una misión, sino que es una misión, un sentido que realizar y una tarea que desarrollar. Esta misión no es un elemento impuesto desde fuera, sino algo profundamente integrado en su identidad, que se dona y se construye simultáneamente. Cada ser humano recibe el llamado a configurarse con Cristo, pero también debe inventar la manera particular en que realizará esta configuración. Así, la existencia humana es dinámica, un proceso en el que cada persona llega a ser lo que ya es desde su nacimiento. Incluso Cristo, en su humanidad, tuvo que "crear" lo que significa ser el Mesías. Su misión no era un destino predeterminado, sino un camino que debía descubrir y diseñar en libertad. Este planteamiento subraya una verdad fundamental: Dios acompaña al ser humano de manera oculta y silenciosa, respetando rigurosamente su libertad. El plan divino, entendido de manera unitaria y universal, incluye todas las respuestas humanas posibles. No se trata de un esquema rígido que se modifica según las decisiones humanas, sino de un diseño trascendente que llama a todos a vivir en Cristo y configurarse personal y definitivamente con él. Este plan no está improvisado; su único aspecto absoluto es la unión con Cristo, mientras que los caminos hacia esa meta se construyen diariamente. En esta visión, Balthasar incorpora la autonomía humana dentro del plan divino, sin que ambas dimensiones entren en conflicto. Para él, Dios no es opuesto al ser humano, sino quien le otorga plenitud a su libertad y autoconsciencia. Así, mantiene la idea tradicional de que el ser humano fue creado por Dios, vive en Dios y camina hacia Dios, mientras la enriquece al integrar la modernidad, donde la libertad, la conciencia y la historicidad tienen un papel preeminente. Este enfoque permite comprender la vida humana como un diálogo constante entre el plan divino y la libertad personal, donde ambos se enriquecen mutuamente. Así, el pensamiento de Balthasar sitúa a Dios como el fundamento y el destino de un ser humano plenamente libre y responsable de su historia.

## **5. ¿Existe el infierno?**

Un tema sobre el cual ha sido caricaturizado y malinterpretado: la supuesta afirmación de que el infierno no existe. Esta frase, en realidad, Balthasar nunca la expresó. Fue creada por un periodista, quien la utilizó como título de una entrevista con él. Sin embargo, más allá de esta distorsión de su pensamiento, efectivamente abordó el tema del infierno y la escatología en general con un enfoque novedoso. Es importante explicar con claridad qué afirmó y por qué resulta relevante. Para Balthasar, la idea tradicional según la cual las personas salvadas manifiestan la misericordia de Dios y las condenadas, su justicia —una posición agustiniana que influyó en la Iglesia y la teología por más

de 15 siglos— le parece inaceptable. Se pregunta cómo es posible que nadie haya considerado si la condenación de una sola persona no constituye, en primer lugar, un fracaso de la obra creadora y salvífica de Dios. ¿Acaso a Dios no le importa que alguien se condene? ¿No le duele? Mientras muchos se conforman con la explicación de la justicia divina, para Balthasar, este es un problema teológico importante. Por ello, busca una nueva comprensión del infierno y de la condenación que respete los datos dogmáticos esenciales (es decir, que la condenación es posible) y sea más consciente de las implicaciones teológicas de esta cuestión. Como él mismo señala: "No hay duda de que el Dios trinitario es un Dios que salva, no que abandona; un Dios que busca, no que rechaza".

Aceptando los datos dogmáticos y descartando las representaciones tradicionales del infierno, derivadas más de Virgilio y Dante que de la Biblia, propone conjeturas sobre cómo podría entenderse un infierno que incluya el sufrimiento de Dios. Su reflexión consta de cinco pasos, que son posibilidades teológicas, no afirmaciones dogmáticas.

Primero, cuestiona si un ser humano, condicionado por su realidad concreta y limitada, es capaz de un rechazo absoluto y consciente a Dios. Considera que la libertad finita del ser humano está siempre contenida dentro de la libertad infinita de Dios. Por lo tanto, el rechazo humano a Dios es una contradicción dentro del propio ser humano, quien ha sido creado y vive anclado en Cristo. Según Balthasar, todo pecado es real, libre y personal, pero ocurre dentro de un ser humano que ya vive, en lo más profundo, en la fidelidad de Dios. Así, se pregunta por la posibilidad de un "no" verdaderamente consciente y definitivo hacia Dios.

Luego reflexiona sobre la eternidad divina y su relación con la temporalidad creada, distinguiendo entre la eternidad propia de Dios —un "sobre tiempo" divino— y la eternidad de las criaturas, que comienza, pero no tiene fin. La eternidad de los seres humanos es distinta de la de Dios, pero está vivida en él. Esto le permite explorar cómo podría entenderse el tiempo en el infierno desde una perspectiva teológica más profunda.

Con estos principios, propone que el infierno puede comprenderse como un proceso en dos momentos. Primero, el infierno se realiza en el encuentro de los condenados con Cristo en los infiernos, lugar al que el crucificado descendió tras su muerte. Este es el ámbito de los muertos necesitados de redención. En este encuentro, la humildad y el sufrimiento de Cristo suscitan compasión, no rechazo. En un segundo momento, el pecado del ser humano —no el ser humano en sí— es separado y arrojado al infierno eterno, entendido como el lugar donde se acumulan los rechazos y las faltas de amor. Este infierno se convierte en un recordatorio eterno del amor misericordioso de Dios, ante el cual los salvados exclaman con gratitud: "Si no fuera por la infinita misericordia de Dios, ese sería mi lugar".

Esta comprensión integra la eternidad del infierno, la justicia divina, la libertad humana y el triunfo de la misericordia de Dios. Aunque conjetural, plantea con mayor claridad que Dios es más grande que el pecado humano, que el ser humano es esencialmente bueno, y que Cristo murió realmente por todos. Sin embargo, Balthasar deja abierta la posibilidad de que alguien, incluso en

el encuentro con Cristo, perseverare en su rechazo a Dios. Para él, la libertad humana es intocable, aunque implique el riesgo de la condenación eterna. Este enfoque, aunque novedoso y problemático, resalta un aspecto de Dios que corrige concepciones largamente establecidas en la Iglesia, donde la misericordia divina parece limitada. Basta observar la representación del juicio final en la Capilla Sixtina para comprender la imagen de un Dios cuya misericordia es secundaria frente a su justicia. Balthasar, en cambio, insiste en que Dios, en su infinita misericordia, es más grande que el pecado, la muerte y la condenación.

**En conclusión,** la exposición de estas cinco temáticas busca destacar la relevancia contemporánea del pensamiento de Hans Urs von Balthasar. Sin ignorar los aspectos más problemáticos de su obra, las críticas que algunas de sus posturas han recibido, ni las inevitables limitaciones de cualquier intento de sistematización teológica, resulta evidente que Balthasar es un autor profundamente inspirador tanto en el ámbito espiritual como teológico.

Su obra, marcada por una riqueza conceptual y una profundidad que trasciende los límites tradicionales de la teología, ofrece perspectivas que pueden iluminar de manera significativa los desafíos actuales de la Iglesia y del cristianismo en general. Este análisis se apoya en un trabajo dedicado a la lectura exhaustiva y a la elaboración de una introducción de su pensamiento (*Hans Urs von Balthasar. I. Ejes estructurantes de su teología; II. Aspectos centrales de su Trilogía*, R. Polanco, Ediciones Encuentro, Madrid 2021).

El conocimiento y la recepción de su obra, especialmente en el contexto de la vida eclesial, teológica, espiritual y pastoral de América Latina, podrían ofrecer nuevas herramientas para enfrentar la diversidad, los desafíos culturales y la misión evangelizadora en la región. La riqueza y complejidad de Balthasar invitan a profundizar en un autor cuya obra tiene el potencial de transformar y enriquecer tanto la reflexión teológica como la vivencia comunitaria de la fe.

La teología de Hans Urs von Balthasar, con su perspectiva integradora y profundamente trinitaria, ofrece una base sólida para reflexionar sobre la sinodalidad como modelo de Iglesia en el mundo contemporáneo. La sinodalidad, entendida como un caminar juntos en comunión, participación y misión, encuentra resonancias profundas en el pensamiento de Balthasar, particularmente en su insistencia en la integración, la belleza y la relación con el otro como elementos centrales de la vida cristiana.

El principio de integración en la obra de Balthasar, que busca reconciliar polaridades y tensiones en una síntesis enriquecedora, es fundamental para una Iglesia sinodal. La sinodalidad requiere aceptar la diversidad de dones, perspectivas y carismas dentro del Pueblo de Dios, no como divisiones, sino como partes complementarias de una totalidad más rica. Esta visión resuena con la estructura polar de la realidad propuesta por Balthasar, donde la unidad no implica uniformidad, sino una armonía que respeta y celebra las diferencias.

La belleza, núcleo de la teología de Balthasar, también es esencial para la sinodalidad. Una Iglesia sinodal está llamada a reflejar la belleza de la comunión divina, que se manifiesta en la figura

de Cristo y en su misión de reconciliación. La sinodalidad, como proceso de encuentro y diálogo, es un espacio donde la belleza del amor de Dios se hace visible en la práctica concreta de la escucha, la participación y la construcción conjunta del Reino.

Además, el pensamiento trinitario de Balthasar, que presenta a Dios como una comunión de personas en diálogo y auto donación, constituye un modelo para la sinodalidad. La Iglesia sinodal está llamada a reflejar esta dinámica trinitaria, donde cada miembro existe para el otro en un movimiento constante de amor y servicio. Este modelo trinitario supera visiones jerárquicas rígidas y llama a una participación activa y corresponsable de todos los fieles. En última instancia, la sinodalidad, como expresión de una Iglesia en salida y en misión, encuentra en la teología de Balthasar un marco para profundizar en su dimensión más espiritual y relacional. Al igual que en su reflexión sobre el infierno y la misericordia divina, la sinodalidad resalta que el camino cristiano no puede comprenderse sin la participación del otro, la construcción comunitaria y el reflejo del amor trinitario. Así, el pensamiento de Balthasar enriquece el concepto de sinodalidad, llamando a una Iglesia que vive y actúa desde la comunión, la belleza y la relación transformadora con Dios y con los demás.

### **Bibliografía:**

Polanco, R. (2012). *Hans Urs Von Balthasar. Ejes estructurales de su teología*. Madrid: Encuentro.